

DIGO VIVIR

Discutir con idiotas

PEDRO FELIPE GRANADOS

Cuántas veces las personas juiciosas se encuentran enfangadas en disputas estériles con individuos a quienes no les interesa la verdad



He estado dudando, antes de poner título a esta columna, entre escribir 'idiotas' o 'imbéciles'. Ambos términos son hoy altamente peyorativos en su significado, aunque el segundo posee una mayor contundencia fonética. La lengua coloquial los hace casi equivalentes, sin embargo difieren en sus orígenes. Para comprobarlo, recurrimos a la etimología, que subraya la procedencia griega de 'idiota', palabra originada en 'idiotés', aquel ciudadano que no se ocupaba de la vida pública y atendía, egoístamente, solo a sus propios intereses. Una actitud estimada como profundamente negativa por una sociedad que consideraba un deber cívico estar atento y preocupado por los asuntos concernientes a la comunidad. La palabra, en fin, fue sumando negatividad hasta acabar definiendo al ignorante, a quien posee escasa formación y conocimientos. Por su parte, 'imbécil' procede de la expresión latina 'in baculum', el que no lleva bastón o báculo, no se apoya en nada y, por tanto, carece de sostén y, metafóricamente, de argumentos.

Este breve exordio de carácter erudito me sirve para adentrarme en el espacio de la sabiduría popular, en ocasiones acertada, en otras no, que recomienda no discutir jamás con idiotas o imbeciles, especímenes humanos que, a efectos prácticos, pueden ser considerados sinónimos. Y, ¿por qué esta prevención, este aviso contra otros? En primer lugar, porque la gente sensata suele basarse en argumentos para sus contiendas verbales con los demás. El idiota no los posee y discute por ventoleras, por intuiciones, por lo que ha oído de otros idiotas (la idiotez es un peligroso virus que se

contagia con facilidad). El combate dialéctico entre el razonamiento y la ignorancia es una lucha profundamente desigual. Mientras uno contiene respaldado por evidencias, ideas y hechos comprobados, el otro lo hace con voluntos, dimes y diretes y ocurrencias.

Sucede con frecuencia que personas dotadas de un reconocido predicamento intelectual, con una trayectoria acreditada en cualquier materia, entran inocentemente a debate con quienes no poseen la formación necesaria para una controversia civilizada y juiciosa. Es de ver la frecuencia con la que los ignorantes salen en triunfo porque combaten en un terreno que dominan, en el que se sienten seguros, al tiempo que emplean armas que las personas razonables jamás se atreverían a usar. Lo vemos continuamente en el ámbito de la política, de la economía, de las ideas. A pesar de las evidencias científicas e incluso personales, hay gente que sigue predicando que la tierra es plana, que no existe el cambio climático, que nuestra vida no está sujeta a una extrema vigilancia por parte de empresas de la comunicación tecnológica...

Al carecer de un sustento formativo, los ignorantes suelen ser expertos en el insulto, los golpes bajos (expresión muy gráfica que procede del mundo del boxeo), el bulo y la mentira interesados, armas todas ellas que son incapaces de utilizar quienes respetan la evidencia científica y los dictámenes de los expertos. Cabe señalar que resulta muy fácil dejarse llevar por los prejuicios, por las deducciones apresuradas en un tiempo poco propicio para la reflexión y el análisis meditado de los asuntos. Tenemos prisa por llegar a no sabemos dónde, lo que nos exige apuestas personales

por lo fácil, repitiendo lo que está en boca de todos, lo que no exige esfuerzo intelectual alguno para ser creído. Es muy confortable pertenecer a la mansedumbre y la seguridad del rebaño más que luchar por libre contra posiciones erróneas, porque esta última actitud comporta riesgo de señalamiento y exclusión. En consecuencia, el peligro de equivocarse se acentúa hasta límites insospechados, y no todo el mundo posee la fortaleza moral necesaria para situarse fuera de las cómodas fronteras del espacio social al que pertenece y resistir desde allí, en solitario, los embates del grupo del que se disiente.

Discutir con idiotas es una apuesta segura para desembocar en el fracaso. Cuántas veces las personas juiciosas se encuentran enfangadas en disputas estériles con individuos a quienes no les interesa la verdad, sino tan solo salir ganadores en el debate, sea por los medios que sean, lícitos o ilícitos. Vencer no les exime de su idiocia moral, pero, en su ignorancia, están persuadidos de que solo vale el triunfo de hundir al adversario, aunque sea a costa de contender con argumentos falaces.

Como colofón, me permito –y pido disculpas por ello– cerrar estas reflexiones invitando al generoso lector o lectora que ha llegado hasta aquí a poner en práctica la necesaria precaución cuando se transita por el océano de conexiones y comunicación en el que estamos inmersos. No todo lo que se dice es honesto y desinteresado, lo que exige, aunque cueste trabajo, pensar, examinar, dilucidar, elegir lo adecuado sin dejarnos seducir por los cantos de sirena con que el Sistema y sus múltiples secuaces nos adormecen y confunden para hacernos prisioneros de sus intereses.

comida y no le echas nada. Es mediodía, la hora de comer en Murcia. Yo suelo hacerlo cuando ya la tarde tiene ganas de acostarse para descansar, y así ahorro una comida para que la carestía de la vida no se fije en mí y me amargue la existencia porque la pensión me deje tirado a mediados de mes.

Cojo un carrito en ese supermercado que tiene un don especial: los carritos no andan ni poniéndole un motor. Cojo uno que vaya medio bien, y voy para adentro. En la puerta hay un gorrioncillo nuevito, de la última nidada que está aprendiendo a volar y cree que todo el mundo es orégano. Trato de cogerlo para que se venga a mi casa y allí lo tendré como un rey, pero se me escapa porque no se fía de mí, ni de nadie, y menos de esos que se han llenado la bolsa con muchos billetes y no saben nada de nada. Seguro que en estos días se han enterado de que aquí en España ha estado Su Santidad

el Papa, y que algunos de los que no están en la trena, conocidos suyos, dentro de poco van a ir y no los va a librar ni el sursuncorda por mucho que mientan.

El pajarillo no se deja coger, como los grandes narcos de la mafia. Es muy astuto, como esos que se disfrazan de monjas y curas para asaltar joyerías, y sale corriendo, y pegando 'voletás' que le ponen pronto los pies en la tierra. Cruza la carretera con la cantidad de coches que circulan; unos paran para no atropellarlo, y yo no puedo salir en su ayuda porque cualquiera puede pasar sobre mí y me deja para pasar derecho por el tanatorio.

Estoy un rato mirando la carretera y la gente que pasa a mi lado no entiende qué hago detrás del cristal mirando cómo acaba esto. Ninguno se para, como el avión de Iberia que tan mal ha dejado a la compañía de tanto prestigio. Menos mal que ahí había un hombre, el más importante de España,

que le dijo a Su Santidad: «No se preocupe. Aquí tiene mi Falcon para que llegue al Vaticano a la hora de cenar». Y Su Santidad, que debe de ir algo cansado de tanto trajín de estos días, ha cogido la escalerilla, ha subido hasta arriba, se ha despedido del personal, ¡y pa casa!

No sé qué habrá pasado con el pajarillo, ni sé cómo va a acabar todo este jaleo que hay en España, pero estoy seguro de que si, las cosas se ponen muy feas, a mí, con la que se forme, no me van a pillar, ni me van a quitar el pasaporte para que no huya. La pájara, al ver el lío en el que se ha metido el muchacho, ha ido a por él, pero al ver el tráfico de coches que hay, ha dicho: ¡sálvese el que pueda! Y ha puesto pies en polvorosa.

CAYETANO PELÁEZ DEL ROSAL

Los originales que se envían a esta sección no deberán sobrepasar 25 líneas. Estarán firmados y se hará constar el número del DNI junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores

cartasdirector@laverdad.es

La cansera

Este señor diputado de la asamblea de Madrid, ante las protestas de la oposición por el calor que sufren los niños en las aulas, matiza: «Cuando hace calor, hace calor»

TERCER MILENIO
ANTONIO PARRA



Hay un diputado de la asamblea de Madrid (sí, allí donde reina la jefa del PP) que al parecer estudió la EGB en Murcia, que ha leído un poema (¡albricias!). Y ahí lo tienen, no le ha pasado nada, es diputado y todo. Ese poema es 'Cansera', de Vicente Medina. Por cierto, yo escribo este artículo en jueves, el pasado 18 de junio, y precisamente un 18 de junio de 1898 publicó por primera vez Medina ese poema, fue en la revista 'Blanco y negro', de ABC. Casualidades.

Pues bien, este señor diputado de la asamblea de Madrid, ante las protestas de la oposición por el calor que sufren los niños en las aulas sin aire acondicionado, asegura que no pasa nada, y matiza en un golpe de lógica casi aristotélica: «Cuando hace calor, hace calor». No había caído yo, la verdad. Y añade que él estudió en Murcia la enseñanza primaria y nos informa de que «en Murcia hace calor». Yo tampoco me había dado cuenta de eso. «Y aquí me tienen», remata. ¿Le habrá dado a él también un golpe de calor? Y luego ve por fin la gran oportunidad para presumir del poema que leyó una vez: «En Murcia, a pesar del calor, Vicente Medina escribió el poema 'Cansera'». O sea que la calor «puede incluso servir de inspiración».

Claro, que la 'Cansera' de Medina no habla de calor, sino de cansancio del alma, de melancolía, de desesperanza vital, eso sí, en una época en que la agricultura estaba dominada por los caciques, como recuerda en un ensayo el profesor Díez de Revenga, que no es precisamente un rojo peligroso. Y todas esas sabias palabras antes citadas, el diputado popular en la asamblea madrileña las dijo después de que en otra ocasión construyera una verdadera égloga sobre las virtudes sin par de la señora Ayuso, hasta el punto de sonrojarnos a todos.

Pero el otro día, en el paso por el Senado de la directora de la Guardia Civil (sí, la de los cafecitos con la 'escritora' Leire) un senador socialista la defendió con tanta 'poética' vehemencia que también me puse colorado, y no fue por el sol. Se ve que este senador también andaba inspirado por el calor, y eso que en el Senado –supongo– tienen aire acondicionado. En fin, tengo 'una calor' que no hay quien lo aguante. Voy a aprovechar y ver si me inspiro y escribo un poema. Tengo una cansera...